



Un éxito internacional.
Arte, la espuma de la vida



Yasmina Reza es una dramaturga polifacética y multipremiada. Sin embargo parece ser la autora de una sola obra. Con 28 años, después de una carrera de diez como actriz, escribe su primera pieza dramática, *Conversaciones después de un entierro*, con la que gana el prestigioso premio Molière como mejor autora. Buen comienzo. Dos años después es nominada al mismo premio en la categoría de traducción por la que hace de *La metamorfosis* de Kafka, nada menos que para Polanski. Su segunda obra *Travesía del invierno*, obtiene otro premio Molière, esta vez como mejor producción de teatro alternativo. Esto antes de que en 1994 estrenara *Arte* en la Comédie de Champs-Élysées donde permaneció en cartel año y medio. Año y medio es mucho tiempo, pero no resulta tanto si lo comparamos con un auténtico hit popular como *La ratonera*; una obra que, por cierto, nadie se toma en serio. Ocurre que inmediatamente *Arte* es estrenada en la Schaubühne, Berlín; en el Wyndham's Theatre, Londres; en el Royal Theatre, Nueva York... y después en Madrid, y en el resto del mundo; parece que ha sido traducida a, al menos, 35 idiomas y ha cosechado en todos los montajes un impresionante éxito de público. Reza vuelve a ganar el Molière, por supuesto; y después dos Tonys y un Cesar y el Gran Premio de Teatro de la Academia Francesa por toda su obra. Y a pesar de todo sigue siendo la autora de *Arte*. Ni las rutilantes estrellas de la pantalla parecen ganarle la partida a Marcos, Sergio e Iván. Con un fenómeno de este calibre se genera mucha rumorología y dicen que le negó los derechos cinematográficos a Sean Connery; es posible que por estar un poco pasado de edad para representar a cualquiera de los tres personajes. De momento Reza no ha permitido que se haga ninguna adaptación cinematográfica: simplemente, imagino, porque *Arte* es puro artificio teatral y

su autora lo sabe. Otras obras suyas de estupenda factura y gran calidad como *Tres versiones de la vida*, *Una comedia española* o *Un dios salvaje* no han saboreado la tremenda fortuna de la obra del cuadro blanco. Yo he visto estupendas representaciones de las tres piezas y tiendo a pensar que el mayor o menor éxito de los espectáculos dependió de la mayor o menor popularidad de los actores que en ellas actuaban. Es posible que alguna de estas obras, sin olvidar *El hombre del azar*, pudiera ser considerada mejor desde el punto de vista... ¿literario? Tal vez alguna de ellas pudiera resultar más... ¿compleja? Nadie, ningún crítico a pesar de estas objeciones, podría afirmar taxativamente que alguna de sus otras obras es mejor; porque la pregunta sería ¿mejor para qué?

Cuando el lector más o menos responsable, el crítico, el profesor de Literatura Dramática, se encuentra frente a un fenómeno de la categoría de *Arte* le asaltan dudas innumerables. Solo mencionaré algunas como ejemplo de lo que pretendo decir. Uno, por ejemplo, no puede dejar de pensar en el éxito que cosechó Adolfo Torrado en las carteleras españolas. De acuerdo, a mí *Arte* me gusta mucho, pero también el público del tiempo de Valle admiraba a Torrado. Con esto quiero decir que si bien el éxito es deseable, también es verdad que el éxito, «morir de éxito» se dice, llega a generar en los Marcos del mundo, o en los Sergios, una especie de sospecha desasosegante. Más cuando la autora de la obra en cuestión ha declarado que «la frivolidad es la espuma de la inteligencia». Durante muchos años nadie representó a Shakespeare; aunque Lope sí fue el Fénix para los suyos, y luego... no contaré lo que pasó luego porque lo sabemos todos; ni lo que vendrá, porque no lo sabe nadie. Pero no se puede negar que los grandes éxitos de público tienden a despertar inmediatas sospechas en buena parte de la crítica, también en tiempos de Lope. Un crítico del *Independent* dijo de Reza que era «la reina de las ideas light». Pero cabe mencionar entonces la existencia de un Ciclo Reza- Beckett, posgrado en la Sorbona.

A un profesor de escritura dramática también le plantea alguna zozobra el fenómeno *Arte*. La pregunta en esta ocasión es: ¿si un alumno mío apareciera con una obra como *Arte* sería yo capaz de predecir un futuro tan esplendoroso o le animaría a enriquecer algún personaje para que pudiera desarrollar estrategias más interesantes? Quien dice profesor dice programador de un centro dramático. Yo he de decirles que no, no hubiera podido predecir semejante éxito. No. Y también respondería: no hay otra obra como *Arte*. «Temo que *Edipo* haya agotado por sí solo el género al cual pertenece», le escribe Schiller a Goethe a propósito de la tragedia.

No es lo mismo, claro, pero hay pocas obras capaces de condensar en sí mismas la quintaesencia de la comedia como la pieza que nos ocupa. Su economía, su ligereza, su paradoja.

A esta altura produce un poco de rubor resumir el argumento de *Arte*. El caso es que un profesional de éxito, Sergio, compra un cuadro blanco con unas rayas blancas que lo atraviesan. Tal vez no es blanco del todo, se dirá en más de una ocasión. Y, algo, fundamental, paga por él un pastón. Todo depende, pero podemos decir que doscientos mil francos era un pastón en el 94 para un profesional burgués de clase media. A uno de sus mejores amigos, Marcos, el cuadro le parece una mierda; y una locura gastar tanto dinero en comprarlo. Entonces decide que él no puede ser amigo de un snob, y en vez de mandarle a Sergio una amable nota de despedida opta por convencerle de que está equivocado. Lo hace porque le quiere, sí, y quiere eso que tienen juntos, pero si se hubiera callado, no habría obra; porque la acción dramática, cómica o no, solo se produce cuando los personajes hacen eso que no deberían hacer; y el público lo intuye. Nos regocija verles sufrir porque Reza nos presentan sus cuitas con un ligero desfase, con un sutil manejo de lo hiperbólico. Y siempre nos lleva de la nariz: apenas nos instalamos en lo que podría ser una convicción, cambia el punto de vista y por tanto el equilibrio entre las fuerzas en conflicto. Es posible que empaticemos con Sergio, y luego con Marcos, sobre todo al principio, pero el proceso nos muestra cómo, y cuánto, se equivocan en la forma de defender sus posturas; esto es, en la forma de defender sus vidas. Ya lo ven: los que conocen *Arte* podrán estar de acuerdo conmigo en que lo que les cuento es más o menos así, pero no es solo eso; o es menos que eso. Resumir teatro es muy frustrante, y fácil incurrir en planteamientos hermenéuticos; pero resumir obras cargadas de subtexto es mucho más complicado. *Arte* es puro subtexto: los personajes siempre están diciendo algo que no se corresponde con lo que les pasa «de verdad». ¿Cómo se expresa «eso» desde la escritura? ¿Cómo mienten, y se mienten, los personajes? «Eso» es la esencia de lo dramático, lo que hace que los actores puedan trabajar con solvencia y Reza lo maneja con una brillantez deliciosa. Marcos no expresa abiertamente su conflicto, su verdadero conflicto y, solo al final, parece haber entendido un poco lo que le pasa. Marcos parece el verdadero protagonista, el hombre que actúa. Reza construye un carácter totalmente acorde: airado, vehemente, profundamente divertido por la seriedad con la que acusa a sus amigos de haber perdido su sentido del humor; aunque, qué lista es Reza, en un momento dado el propio Marcos echa la vista atrás

y afirma que Sergio lo empezó todo el día que dijo «deconstrucción»; y si se remontaran más en el tiempo, intuimos los espectadores, todo se alojaría en el día que se conocieron. O antes: en el día en que se buscaron porque necesitaban un complementario. Todo tiene un porqué y un antes, aunque no sepamos definirlo. *Arte* está llena de detalles de este jaez, detalles de maestría compositiva que nos hacen pensar en una autora escribiendo en estado de gracia. Lo mejor de *Arte* es que nos dejamos llevar por esa construcción casi matemática, por esa ligereza con la que los personajes esquivan los golpes, puro ballet, pura ilusión. Bueno, hay uno de los personajes que no es experto en esquivar golpes, aunque ese sea su único y más profundo deseo: Iván, el tercero en discordia, el acomodaticio, tal vez el más sufriente y cómico a la vez; el rigor de las desdichas, el hombre pivote que solo quiere ser bueno y llevarse bien con sus amigos, con la humanidad entera: algo imposible por definición, casi trágico, por tanto. Nos reímos con ganas del bondadoso que comete su tonto error intelectual; es la infinita crueldad de la farsa, su violencia, contagiando a la brillante comedia. La vida es así, parece decirnos Reza, en absoluto inocente, y es mejor saberlo. Es el mensaje de la comedia eterna: merece la pena vivir, aunque tengamos que seguir mintiendo. Reza controla el juego triádico con gran precisión y establece alianzas alternativas que apenas nos dejan respirar. Una de las grandes bazas de *Arte* es que se nos niega la instalación. Apenas hay profundidad, pero la imaginamos, como podríamos imaginar un esquiador deslizándose sobre un cuadro blanco: un atisbo de poesía irracional, pero tan figurativa. La gran paradoja de la belleza inútil cristaliza en el tema del *Arte* como representación de la sociedad burguesa; y no es secundario, sino medular, porque es la cultura, el signo de nuestro refinamiento humano, aquello que espolea en *Arte* esa profunda intolerancia de que estamos contruidos. Solo hay final feliz si yo soy yo porque tú eres tú, por eso seguiré mintiendo, dice Sergio en una de las muy socorridas rupturas de la cuarta pared que nos permite el estilo cómico: apartes que generan su propio subtexto y personajes que por mentir, se mienten a sí mismos. ¿Hay algo más eficaz? Y a pesar de todo, el éxito de *Arte* sigue siendo un misterio. Parece un final tan lógico e inesperado: ofrecer un rotulador como quien ofrece la vida, tómala, tuya es, la tomo y pinto con ella mi deseo. Eso es emocionante. ¿Frívola y profunda? ¿Es eso posible? Parece que sí, porque el público siempre tiene razón. O no.

Yolanda Pallín